

trante y cuyas facultades de observación estaban ya notablemente vigorizadas, echó de ver todo aquello mientras sus compañeros permanecían en la ignorancia, y en consecuencia, aflojó muy mucho en el cumplimiento de las prácticas religiosas.

Pruebas documentales corroboran estas afirmaciones, y sobre todo los informes de los inspectores de las academias militares, en particular de Reynaud des Monts. Sin embargo, en cuanto á la vida que Napoleón llevó en Brienne, conviene ser cauto y no admitir sino como un se dice los pormenores referidos por algunos historiadores y que el público no repara en creer cuando tienen carácter de singularidad. No obstante, parece cierto que durante los primeros meses de su estancia en la escuela vióse sobrecogido de melancolía, según comprueban las cartas dirigidas á sus padres. Esta melancolía é invencible deseo de soledad dimanaban de nostalgia, pues le era imposible apartar de Córcega su pensamiento, y no sin motivo, porque no hay país alguno tan difícil de olvidar como la hermosa isla, de clima singularmente benigno, en donde el sentimiento de familia, formidablemente vigoroso, dejaba huellas indelebles en el espíritu de los corsos expatriados. El joven Bonaparte estuvo muy atareado desde los primeros días de su ingreso en Brienne, y para mitigar la pena producida por el recuerdo de su país, se aficionó á la lectura de libros que en algunos pasajes reflejaban su propia situación. Los compañeros le hicieron en un principio objeto de burla y broma por su acento italiano y su origen corso, pero Napoleón puso término á estas pesadeces desafiando á sus autores, con quienes tuvo serios altercados, escarmentándolos de modo que el director hubo de encerrarle en el cuarto de corrección, sin lograr con ello otra cosa que enemistarle más y más con sus compañeros y aun con los profesores. Pronto se cansaron los burlones y le dejaron entregado á su melancolía y aislamiento.

Parece verosímil que en aquel entonces tenía Napoleón terrible odio á los franceses, considerándolos como detentadores de su patria, pues desde que estuvo en edad de comprender, aún en la falda materna, se había alimentado de patriotismo, con las ideas de independencia y la nombradía de Paoli y demás héroes de la epopeya insular. De labios de su padre había escuchado el relato de la campaña desastrosamente terminada en Ponte Nuovo; y el antipático ambiente

en que se hallaba, rodeado de compañeros fáciles á burlas, que en modo alguno toleraba, se comprende que reavivara en su alma el sentimiento antifrancés.

Bourrienne cita en sus memorias la característica frase que delante de él profirió Napoleón un día en que estaba sumamente colérico: «Haré á los franceses todo el mal que pueda». Atendidas las circunstancias del momento, parece posible que Bourrienne oyera esta frase. Así esquivó el trato de sus discípulos, que se mofaban de nombres para él símbolos de pura gloria, y con propósito de rehuirlo enteramente plantó un diminuto jardín en el patio de recreo, con arbustos que, al crecer, formaron un umbráculo, en el que pasaba las horas de asueto mientras sus compañeros se divertían ó paseaban, no permitiéndoles que franquearan la empalizada puesta como linde del jardincillo, y si por desgracia alguno se atrevía, le era forzoso habérselas con el propietario. Aunque Napoleón topaba á veces con compañeros más altos y robustos que le vencían en el pugilato, jamás fué á quejarse por ello á los profesores, pues consideraba indigna semejante acción. Se le había crecido el orgullo de tal modo, que un día en que el rector le castigó por falta de respeto con la pena de comer de rodillas á la puerta del refectorio, con la blusa infamante de las faltas graves, no pudo acabar Napoleón la comida, pues le acometió tan fuerte ataque de nervios que fué preciso indultarle del resto de la pena y llevárselo á la enfermería.

Poco á poco fueron adulcigándose sus relaciones con los compañeros, que ya no paraban mientes en los arrebatos de melancolía misantrópica de Napoleón, fijándose tan sólo en su notable aprovechamiento escolar, como si tuvieran la vaga presunción de que se las habían con un espíritu extraño, pero superior, y así una vez acostumbrados á sus rarezas, contrajeron muchos amistad con él.

Durante el crudísimo invierno de 1783, en que tan abundantes nieves cayeron en toda Francia, y particularmente en la Champaña, que está casi en la frontera del Este, los alumnos, alentados por los profesores, se entretuvieron en simular combates de fortaleza construyendo baterías de nieve. Esto complugo en extremo á Napoleón, quien propuso dividir la escuela en dos bandos, de uno de los cuales se le proclamó jefe por unanimidad. Puesto en la tarea, dió acertadas



órdenes para el trazado de los perímetros y la erección de su fortaleza, y una vez empeñado el combate, dirigió las operaciones con metódica maestría, no desdeñando ir al campo enemigo para darles algunos consejos, que se tuvieron en cuenta. Hasta los vecinos de Brienne acudieron presurosos á admirar el castillo construído por el joven Napoleón Bonaparte, tan sólidamente que resistió hasta el mes de Marzo, dando motivo á continuos juegos estratégicos. Napoleón dejaba de tomar parte en los juegos colectivos cuando sus condiscípulos lastimaban en algún modo sus ideas. Hemos visto que no había cesado de rebelarse desde que fueron puestos á prueba sus sentimientos patrióticos; pero, además, tenía particulares ideas acerca de la gobernación de los pueblos, sugeridas por la lectura de Rousseau y de los enciclopédicos, que, aunque prohibidos en la escuela, había podido Bonaparte adquirir subrepticamente. Así es que nunca tomó parte en la fiesta con que anualmente los alumnos celebraban los días de Luis XVI, y que era de las más solemnes; pero aquel día estaba Napoleón de peor humor que de costumbre, y como no podía achacarse el retraimiento á su patriotismo insular, se ha supuesto con motivo que ya empezaban á burbujear en su cerebro las ideas republicanas, que habían de estallar en él á los primeros síntomas de la gran revolución de 1789.

Respecto de su aplicación al estudio y de sus aptitudes especiales, han notado algunos historiadores que nunca obtuvo premios ni accésits, deduciendo de ello que no debió de ser alumno aprovechado. Es inadmisibile esta opinión, porque la contradicen pruebas muy concluyentes. A este propósito se recuerda la solemne visita que á la escuela hizo el duque de Deux-Ponts, más tarde rey de Baviera, á quien, como quisiera conocer el alumno más aventajado, el rector le presentó á Napoleón, que recibió de manos del duque el regalo de un reloj. ¿Es cierta esta anécdota? Chuquet la niega. Sin embargo, de que no conste la obtención de lauros escolares no debe inferirse el desaprovechamiento de Napoleón, que fuera contrario á sus estudiosos antecedentes y al aprecio en que sus compañeros y algunos profesores le tenían á pesar de las rarezas de su carácter y de su naciente orgullo, que le inspiraba réplicas desabridas y contundentes. Parece que prefirió ciertas asignaturas del programa con repugnancia á otras,

como el latín, que jamás quiso aprender, desoyendo las repetidas exhortaciones del profesor, que dejó por ello de preguntarle en clase. Sin embargo, le complacian los autores latinos, pero en traducción francesa, diciendo que á un militar le bastaba conocerlos en lengua vulgar sin necesidad de devanarse los sesos con interminables traducciones del texto latino. Tuvo singular predilección por las mate-



Vista parcial de Ajaccio, desde la altura en que se levanta el Gran Hotel.

máticas, en cuyo estudio sobresalió de tal manera que antes de la edad y tiempo reglamentarios pasó al curso superior, en el que muy luego fué uno de los mejores y más inteligentes alumnos, llegando á igualar en álgebra y geometría á sus propios profesores.

Después de las matemáticas, llevaba afición preferente á la geografía é historia, que no aprendió en clase, sino en libros, en cuya lectura se embecía, y por ello le confiaron el cargo de bibliotecario, que rehusó, no porque no le pluguiese, sino por no perder en pormenores de ordenamiento y catalogación bibliográfica el tiempo que necesitaba para leer las obras de su elección. En Brienne leyó y relejó las *Vidas*, de Plutarco, emocionándole hondamente las figuras de los héroes romanos, cuyo ejemplo se propuso imitar, predispu-



por los sentimientos adquiridos en su país al escuchar las proezas de los héroes de la independencia. Así se despertó en su pecho el anhelo de esforzarse, como Bruto y Leónidas, en el logro de la libertad y de la gloria.

A poco de esto experimentó el vivísimo gozo de ver á su padre, que, obligado á diligenciar la desecación de un estanque inmediato á Ajaccio, aprovechó la coyuntura para poner á su hijo Luciano en Brienne, llevando también en compañía de viaje á Mariana y á dos sobrinas que habían de ingresar en Saint-Cyr. Esta visita fué de mucho consuelo para Napoleón, quien le preguntó ávidamente á su padre por todo lo ocurrido á la familia y en la ciudad desde su salida de Córcega. Carlos satisfizo la natural curiosidad de su hijo, y al despedirse le confió el cuidado de Luciano, que se quedaba en la Academia de Brienne, diciéndoles que volvería á verles de regreso de París, á donde le llevaban asuntos de la isla. Sin embargo, no pudo cumplir la promesa porque á los dos meses de estancia en París tuvo necesidad de volverse apresuradamente á Córcega, no sólo en atención á varios asuntos de mucha urgencia, sino, además, para tomar las aguas de Orezza, requeridas por la enfermedad del estómago que había de matarle. Napoleón se entristeció por ello, aunque resignándose ante las poderosas razones que lo motivaban.

Habiale hablado su padre, en la visita, de la vocación que sentía José, el hermano mayor, de quien estaban ufanos los sacerdotes del colegio de Autún por su aplicación y talento, según denotaban los premios y primeras notas obtenidas á menudo en los exámenes; pero lejos de tener vocación al sacerdocio, se le despertaba el gusto por la milicia. Sorprendióle á Carlos esta mudanza, que desbarataba sus proyectos, y le contó el caso á Napoleón, en cuyo criterio confiaba. Más sorprendido todavía quedó Napoleón al saberlo y aun se indignó de que José repugnara el sacerdocio, afeando con frases contundentes la veleidad de su hermano mayor. Dijo que *debía* ser sacerdote y *después* obispo, para lustre de la familia, y que no era posible permitir que José hiciera su gusto. En el fondo no discurría Napoleón desacertadamente, pues vistas las aptitudes de José no podía lucirse en ningún cuerpo del ejército á no ser en infantería, por lo muy poco que necesitaban saber los oficiales de esta arma. Pero la sola idea de que José

fuese vulgar oficial de infantería sublevaba á Napoleón, quien aconsejó á su padre que se lo llevase consigo á Ajaccio, y que, en caso de negarse á entrar en el seminario, le hiciera seguir al menos la carrera de abogado, pero jamás pensase en gestionar su ingreso en el ejército.

Esta anécdota delata ya en rudimento el carácter y el fondo moral de Napoleón. Todo cuanto el joven alumno de Brienne opinaba acerca de su hermano mayor era cierto, como fundado en sagaz é infalible observación, y además, Napoleón escribe á su padre y á su tío Fesch en tono autoritario de superioridad, que ambos aceptan sin protesta ni disgusto. Dice: «Es preciso que José sea sacerdote y después obispo.» La razón dominante para ello es que de este modo podrá José dar lustre y consideración social á la familia. No olvidemos que Napoleón era menor que José, y que cuando escribía á su padre y su tío en tal tenor, sólo tenía quince años.

Sin embargo, todos aquellos apremios no produjeron efecto alguno en el ánimo de José, que persistió en repugnar la carrera eclesiástica con voluntad resuelta de ser militar, y como le advirtiera su padre que no le consentiría entrar sino en ingenieros ó artillería, respondió que se esforzaría en satisfacer el deseo de sus padres, pero que se afirmaba en su vocación. Mas para ingresar en artillería ó ingenieros era necesario sufrir riguroso examen ante jueces tan severos como Bossut ó Laplace, que apretaban de firme en matemáticas. Carlos, ya conforme con la resolución de su hijo, reconoció que le era necesaria más sólida preparación, y así se lo llevó á Córcega con tanto más gusto por cuanto su madre no le había visto desde cinco años antes. Proyectaba Carlos que su hijo José emprendiera estudios formales después de una temporada de descanso en Ajaccio, á fin de prepararlo, como á Napoleón, para el ingreso en artillería.

Pero Napoleón no tuvo en un principio la idea de ingresar en esta arma, sino en la marina de guerra, á la que le incitaban los consejos del subinspector Keralio y el ejemplo de algunos paisanos que se habían distinguido en la armada real, como Luciano de Casabianca, que tan gloriosa muerte alcanzó años adelante en Abukir. Sus aptitudes también le inclinaban á tal resolución, pues el examen de ingreso en la marina versaba casi exclusivamente sobre matemáticas, y sabido es que Napoleón sobresalía en estos estudios. Sin embargo, el otro